


¡Gracias por leer!
¡Y por el apoyo!

Puedes encontrar más en:

 / yerkoandrei
wattpad.com

Frío perpetuo

YerkoAndrei

yerkoandrei@gmail.com
2025

Mi corazón ha muerto y mi cuerpo permanecerá frío hasta el fin.

Capítulo primero: Mi primer trabajo

Cuando accedí a la petición de mi mejor amigo para realizar junto a él un trabajo que se negaba rotundamente si quiera a comenzar mientras estuviera solo, jamás creí que me convertiría en la sombra de mi propio ser, y, que mi mente, antes soñadora y alegre, se volvería negra y lúgubre, y, que mi cuerpo, antes cálido y enternecido por la juventud, se volvería frío y rígido, cercano al abrazo de la muerte, oscurecido por el frío perpetuo que debió soportar por tan corto pero desgarrador tiempo, en la casa a la que fui por propia voluntad, y en la que permanecí cuidando por añoranza a un ser que erróneamente creí inferior a mí.

Mi amigo y compañero de clases estuvo más de dos semanas intentando convencerme de que trabajara junto a él en una “tenebrosa” casa, según dijo, en la que había estado en la entrevista de trabajo, como recalcó, más extraña de su vida, cuidando a una pareja de ancianos. Debo decir,

que en mi cesantía y mi nula experiencia en la enfermería que estudié torpemente por tantos años, me terminaron por convencer de realizar el trabajo que, hasta ese momento, era la única alternativa a estar vagabundeando en mi casa mientras mis padres me miraban con recelo.

Le habían dicho que quizás fuera necesario contratar a un segundo enfermero ya que, según exclamó con sorpresa, deberíamos hacer turnos en la casa si es que él no quería quedarse a dormir allí. “Serán gente flexible” pensé yo, pero en mi joven inocencia no pensé mal ni sospeché en lo más mínimo. Cuando me contó todo esto, sentí a mis padres detrás de la puerta ¿Debo mencionar que escuché claramente como mis padres festejaron cuando cerré la puerta detrás de mí apenas al salir? No creo que sintieran mucho orgullo de su ahora único hijo. Acordamos encontrarnos en una esquina cercana a la casa mientras él hacía sus asuntos.

Cuando llegué a la calle a entrevistarme, me di cuenta que la ruinosa casa era la misma que de niños creíamos abandonada. Esa fue la última vez que vi a mi mejor amigo con su color de piel natural, aquel al que conocí estudiando y vagando

Vi la casa demolerse en llamas y torbellinos.

Vi como las paredes se consumían sin dejar rastro.

Vi muros de piedra y ladrillos derrumbarse.

Vi las casas y árboles vecinos incendiarse antes que las llamas las tocasen.

Vi el fuego arder como nunca ha ardido en la tierra.

Vi el pozo vacío.

Ya no quedaba mansión a la que ver. Ya no quedaba esperanza. Ya no quedaba nada.

Detrás mío sentí un calor punzante, más fuerte aún que las llamas que todo lo derretían a metros delante mío, pero no había nada. ¿Qué culpa tengo yo? ¿Mi pecado es simplemente haberlo visto? ¿Por qué a mí?

Mi época favorita del año es el invierno, que, con solo una camisa, puedo andar en paz por la calle en lluvia, tranquilo, con el pensamiento de que el ser que ocultaba aquella familia no me perseguirá y que no podré ver su horrible mirada otra vez.

Pero era la última esperanza. Y en mi corazón, el mar de la resignación se evaporó.

Cuando llegué temprano en la madrugada aún no amanecía, y me extrañé de que el sol saliera tan temprano al ver una luz rojiza reflejándose en las calles. Al cruzar la última esquina, vi el horror de las llamas en la mansión en la que me esperaban con ansias, en el hogar en el que me sentí yo mismo por vez primera, en la casa en la que conocí el horror, el frío y mi perpetua situación. La casa ardía en un extraño fuego que no expulsaba humo, iluminando el barrio entero de un rojo ardiente con llamas tan altas como mi desesperanza, iluminando con ardor por última vez mi joven cuerpo.

Con espanto vi el fuego tan cerca de mí. Sentí que a cada palpar de mi corazón, el miedo corrompía mi sangre para siempre y poco más. Mientras mis piernas temblaban como un niño temeroso, comencé a quitarme la ropa.

en la bohemia de la ciudad, y que, aunque lo único que teníamos en común era nuestro estudio, no nos impedía llevarnos bien. Al parecer, había entrado antes que yo para preparar mi llegada, y con miedo en el rostro me lo encontré de frente y se retiró cabizbajo, sin decir una palabra ni mirarme, con un rostro ojeroso y una palidez que nunca se fue de su persona. Mientras se iba, hizo un gesto vago apuntando a la mansión.

Extrañado por su actitud, me imaginé que era un asunto personal, y decidí, a mi error quizás, dejarlo tranquilo. Entré en la vieja casa. Era gigante, una mansión, pero en ruinas y en la zona más vieja de la ciudad, imaginé que la casa tendría mínimo unos doscientos años o quizás mucho más. Ya de antes la conocía, pero jamás había entrado, recuerdo que cuando niño todos decíamos que estaba embrujada y nadie se atrevía siquiera a pasar frente la gigante puerta, a veces abierta, de hierro oxidado. Cuentos de niños pensé yo.

Entré por la puerta ya abierta y un hombre me esperaba en el descanso de la casa, o mansión, mejor dicho. Estaba vestido con un terno viejo manchado de arcilla, como un vagabundo intentando verse formal, sin embargo, se veía terri-

ble, no como un vagabundo, si no casi como un cadáver andante. Lo saludé con entusiasmo, me saludó temblorosamente, me hizo pasar y reafirmó mi pensamiento, con el frío de sus manos, de que era un cadáver andante. Me fijé que caminaba de puntillas y pegado a la pared, aunque intentaba ridículamente que no se le notara. No alcancé a conocer el primer piso, subimos de inmediato la escalera principal, que crujía horrible.

Creo que en ese momento entendí lo de la “entrevista más extraña de mi vida” de mi amigo, el tipo se sentó en cuclillas en su silla, siendo ésta más alta de lo normal. En ningún momento me miró, solo miraba las paredes y el suelo y yo no lograba entender qué estaba pasando. Pero los detalles por lo menos me los dejó claros sin tener la necesidad de yo preguntarle algo: buen sueldo (demasiado para un vago como yo) y un horario más o menos flexible siempre y cuando esté dentro de la casa. Tenía que cuidar a un anciano senil, sin embargo, su pareja aún estaba cuerda y me ayudaría con las labores de su anciano esposo, obviamente sin hacer ninguna fuerza, solo como una guía. Me dieron también, la opción de quedarme allí, pero la rechacé y llegamos a un trato de tener

fue la última vez que sentiría calidez en mi corazón.

En el viaje al indiferente hogar que no me esperaba, solo podía pensar una y otra vez en la última frase que oí de la persona más fuerte que he conocido en mi vida: “Siempre hay esperanza”.

que, desde mañana, mis tareas serían distintas y orientadas a limpiar la casa, entre otras cosas. Aunque no tenía nada que ver con mi profesión, acepté al ver el vacío profesional que había delante mío, no creí que pudiera trabajar en otra cosa. La verdad, no creí que pudiera siquiera tener el ánimo para trabajar.

Después de aceptar, cambiaron la expresión en sus rostros y me dijeron de qué trataban sus planes: querían derrotar, o más bien engañar, al dueño de sus almas. Que dejarían de proteger el pozo y que por fin serían libres. Que matarían a un demonio, o en su defecto, los dejaría tranquilos. ¿Pero puede una idea morir? Cuando pregunté sobre las consecuencias del fracaso, se miraron y dijeron al unísono que no importaba, que sus vidas quizás ya estaban caducas, que todo llega su fin, que confiara, que el amor trasciende a la muerte y... Que siempre hay esperanza...

Acabé mi jornada laboral sin antes preguntar si me necesitarían. Prefirieron estar solos. No creían que podría aguantar lo que se venía. Con una sonrisa me despedí de ellos, quizás me contagiaron su alegría al ver su sonrisa conjunta y con sus manos entrelazadas tan románticamente. Esa

que permanecer dieciséis horas en la casa, mientras todos los gastos era por cuenta de ellos y podía hacer cualquiera de mis pasatiempos allí mientras no evitara mis labores. Prácticamente me daban la opción de vivir ahí y dormir en mi casa, cosa que acepté, siendo sincero, no me sentía muy a gusto en mi casa, con mis padres juzgándome todo el tiempo, y bueno, la paga era bastante buena. Ah, y, por último: “JAMÁS DAR CALOR”, “JAMÁS HACER CALOR” y “JAMÁS BAJAR DEL SUELO” bajo ninguna circunstancia. Sí, estaban en mayúsculas en el papel que firmé. Como, obviamente, no entendí estas tres últimas, digamos, ridículas instrucciones, le pregunté al tembloroso hombre que estaba frente a mí sobre esto y... Quizás no deba decir que no entendí ni una sola palabra de lo que me dijo y que asentí como un idiota para no quedar mal frente a mi entrevistador.

Terminada la, en serio, entrevista más rara de mi vida, que también fue la primera por cierto... Aquel hombre me dijo que comenzara en seguida y se levantó inmediatamente sin darme tiempo para rechazar la idea y poder seguir durmiendo en mi casa como lo había planeado en la mañana. Caminando pegado a la pared, intenté,

aunque vacilando un poco por lo ridículo que me veía, imitarlo, pensando que quizás hacía eso porque las tablas del segundo piso eran inestables o algo así. Mientras caminábamos llegamos a una habitación de la mansión bastante pobre, sin asientos ni nada por el estilo y allí vi lo más extraño que hasta ese momento, en mi joven vida, había visto... Un pozo en un segundo piso... ¡Un pozo! ¡En un segundo piso! Miré a mi izquierda para preguntarle por esto, pero quedé impactado al ver el rostro de terror del sujeto que caminaba arrastrando la espalda por la pared sin dejar de mirar el pozo cerrado con unas viejas maderas. Con su chaqueta en la mano y desabrochada gran parte de su camisa susurró un horrible “No te acerques”, ni siquiera pensé mucho y con un miedo injustificado hice exactamente lo que él hacía, caminar de lado con la espalda apoyada a través de la habitación circular en la que estaba el pozo.

Cuando pasamos la extraña habitación, volteé y me di cuenta de que no era un pozo en sí, si no más bien una entrada, como la de los bomberos al primer piso, pero el eco que hizo el crujir de las maderas, más la débil luz acuática que se reflejaba desde abajo, hicieron darme cuenta luego de

sin ningún lugar al que ir hasta el anochecer, pensando en qué sería de mí ahora si ya no podré aferrarme a un pasado falso. Ninguna sorpresa encontré en mi casa al volver, ninguna bienvenida tampoco.

Al día siguiente fui a la mansión, la anciana me dijo que podía volver cuando quisiera y que la paga aún estaría ahí. Sin ninguna otra opción, acepté. Aunque ahora mi trabajo sería el de ayudar a mover muebles, botellas, ramas y otras cosas extrañas. Pregunté que de dónde sacaban tantos materiales cuando reconocí un tipo de hoja de árbol que había visto en un libro sobre otro continente y sus respuestas solo fueron: “Podemos conseguirlo con nuestro poder”.

Ahora la casa ya no era tan fría, pero era aún más húmeda que antes, atribuí esto al trabajo de la pareja. No mucho cambió, ni en mi vida, ni en mi trabajo. El frío negro ya había dañado mi corazón.

Algunas otras extrañas semanas pasaron, de nuevo, creo, porque perdí varias veces el sentido del tiempo, hasta que un día la pareja de enamorados me habló, diciendo que los planes que estaban preparando ya habían llegado a su fin, y

nos me horroricé. La anciana me dijo que intentara no girar la vista tan bruscamente, pero cuando miré el espejo del tocador, me desmayé. Cuando desperté ya no estaba viendo tantas cosas pero me sentía tan liviano que podría jurar que no estaba tocando el suelo.

Cuando volví a mis sentidos originales, pude ver a la mujer abrazando al hombre en la cama, llorando de felicidad. En un abrazo tan fuerte que no pude hacer más que envidiar.

Después de hablar entre ellos en un idioma ajeno, el hombre se puso de pie y me agradeció por todo, diciéndome que siempre estuvo “sintiendo”. Intentó explicarle su idea de “sentir” pero creo que se dio cuenta de mi estupidez y solo dijo que estaba despierto mirándome desde arriba, pero que no podía mover su cuerpo. Eso sí lo entendí y me alegré que su trato haya sido el correcto.

Me dieron el día libre, alegando que tenían muchas cosas que hacer y que ya no era tan necesario. Sin embargo, el “tan” no me quedó claro ¿Para qué me necesitarían ahora? ¿Ya no podré verla? Pensé.

Solo estuve caminando todo el día por ahí,

pensar un poco, que en el primer piso sí había uno. ¿Por qué habría un pozo o cualquier clase de agujero literalmente a la mitad de una casa?

Con las dudas que tenía y el temor a la casa no me había dado cuenta del frío que había allí, era tanta la humedad que mis pestañas se humedecían solo al caminar. Llegamos a la habitación del anciano que debía cuidar y el hombre abrió la puerta aún con nerviosismo, me esperé el cuadro de una anciana tomando la mano de su viejo marido recostado en una cama casi agonizante, sin embargo, no era su pareja quien la sostenía con nostalgia, si no, me imaginé, su bis o tatar nieta. De cabello negro como el ébano, ojos claros avellana, labios azules y la vestimenta de una indigente. Ella me miró desde su tierna altura y no pude contener mi aliento ni las tristes lágrimas que brotaron a propia voluntad de mis ojos.

Capítulo segundo: El trabajo soñado

Todo fue tan rápido, mi amigo en mi casa contándome de un trabajo fácil y bien pagado, una corta y extraña entrevista, y volver a ver a mi hermanita en el cuerpo de otra niña.

No pude contenerme y tuve que secar mis lágrimas con rapidez y nula discreción. Le pedí perdón a mi pequeña anfitriona y me presenté. “Un gusto, tú me ayudarás a cuidar al viejo”, contestó, lo que me hizo retroceder y asombrarme un poco por la falta de respeto al anciano. Pero lo miré y me di cuenta de su triste situación inmediatamente: no era capaz de reconocer nada. Se veía como si tuviera más de cien años. Se lo pregunté al hombre y la niña me contestó con un “En realidad tiene mucho más que eso”. E intentando acercarme a ella también le pregunté su edad, que creía parecida a la de mi hermana, y me dijo: “¡Yo tengo mucho más!”, y se fue corriendo por ahí, riendo.

El hombre me pidió disculpas por la situa-

rutina maldita por el afecto familiar. Se dirigió a mí con un aire triunfante. “Lo logré”, me dijo, “Ayúdame en el último paso”.

Mientras la ayudaba a preparar cosas raras en las mesas podridas de la habitación del anciano, me fue contando algunas cosas irrelevantes sobre él con una actitud que ya no podré conocer. Supongo que eso es el amor. Rompe las barreras del tiempo y supera cualquier adversidad.

Me habló también del demonio que tenía encerrado, no entendí nada. Me explicó que por cada cosa o elemento en éste y otros mundos hay un demonio, aunque no entendí tampoco el concepto de “elemento”. Dijo que posiblemente su elemento era la vida fría o vacía, algo así como el demonio de la desesperanza, aunque no pudo responder mi pregunta del porqué busca el calor. Dijo que quizás solo no sabe diferenciar el calor físico del emocional. O que quizás no lo necesita.

Cuando comenzó con su experimentación, encendió cosas de colores que me hicieron alucinar, o por lo menos así lo entendí, pues podía ver más de una cosa a la vez. No sabría explicarlo bien. Podía ver los huesos, la carne y la piel de la anciana al mismo tiempo y cuando miré mis ma-

meses, creo. Las luces en la casa eran tan extrañas que no sabía qué hora era en ningún momento y solo dormía por cansancio. La anciana seguía en sus estudios y experimentos, a veces oía gritos insoportables de dolor, pero se me recordó que entrometerme no era mi trabajo.

Recuerdo una vez que toda la casa cambió de color. Otra en la que me sentía cada vez más liviano. Algunas veces me despertaba haciendo otra cosa de la que recordaba estar haciendo. Mi experiencia cuidando al anciano fue idéntica supongo, a la de estar muerto. No dije palabra alguna quizás por semanas, mi alma se apagaba cada vez más y frente a mí no había esperanza. Solo era cuidar al hombre postrado sin esperar un mañana, solo alimentándome de una visión al pasado de vez en cuando. Solo una sonrisa era lo que deseaba, para recordar la felicidad que no volvería.

No sé de qué fuerza me habló la anciana ¿Me habrá dicho esas cosas solo para usarme? Lo cierto es que la veía cada vez más concentrada y menos maternal. La persona que conocí por primera vez no era la misma a la que estaba viendo ahora.

Hasta que, después de un tiempo en esta

ción y se fue de la habitación en silencio. Me quedé solo en la habitación con aquel anciano hombre, así que pensé que, si iba a tener este trabajo, debiera empezar dando una buena impresión trabajando independientemente de lo que me digan.

Era difícil identificar si el hombre estaba vivo o muerto, no se movía ni un centímetro. Mientras ordenaba las cosas del anciano después de revisar sus signos vitales para entender un poco su situación, la puerta se abrió solemnemente a la pareja de aquel hombre, era una anciana elegante y vestida en extrema holgura, con telas delgadas que la hacían parecer un ángel de piel marchita. Estaba demasiado desabrigada para el frío que hacía en la casa, de hecho, el anciano también lo estaba y le hice ver que eso no era bueno para su salud. Podía ver mi aliento en la humedad del ambiente de la habitación. La elegante mujer se acercó y me tendió la mano para saludarla. Ni siquiera la palidez de su rostro me sorprendió tanto como el frío que sentí al tocar su mano. Irrespetuosamente y mientras la saludaba, dije que había que sacar a su marido de un lugar tan húmedo y frío, a lo que contestó con una poderosa voz: “Jamás dar calor. Usted lo firmó”.

Luego de mis ignoradas solicitudes por cambiar al anciano de lugar, la anciana me habló con lo que yo creí una mirada de extrañeza y familiaridad. Estuvimos conversando un buen rato, sobre mi familia y mi vida, a lo que creo a ella le interesaba bastante pues me preguntó sobre todo mi árbol genealógico, cosa que ignoro desde mis abuelos, que ni siquiera conozco a todos.

A pesar de que yo contestaba todas sus preguntas, o por lo menos las que podía, ella ignoraba sin siquiera mover un músculo las preguntas que yo le hacía, como el por qué había un agujero en el segundo piso, y qué había en el primero.

Lamentablemente, tuve que averiguarlo por mí mismo.

Capítulo sexto: Trabajando como muerto

Acepté su historia sin mayores cuestionamientos y seguí trabajando en la casa, esta vez a tiempo completo. Alejándome de una casa donde nadie me esperaba.

A veces veía a la niña, otras, incluso a una joven de mi edad. Cada vez veía menos a la anciana.

Agradeció que me quedara permanentemente mientras ellas estudiaba en varias habitaciones de la casa, deambulando habitualmente, día y noche, sin dormir un minuto. Ahora podía usar todo el tiempo para estudiar sus artes extrañas e incomprensibles, solo a cambio de a veces visitarme y dejar que mi cuerpo marchito la abrazara con una calidez inexistente, imaginando un pasado ya perdido.

No entiendo los sentimientos en mi corazón. No los entendí en ese entonces, no los entiendo ahora.

Pasó un tiempo, algo así entre uno o dos

cuyo vacío corazón solo se movía por la inercia de emociones pasadas.

Me vi a mí en la anciana, porque aunque estábamos en escalas distintas, ella también conocía la impotencia de la debilidad.

Miré el pasado y vi felicidad. Miré el presente y solo había confusión. Miré al futuro y no había nada. Y la falsa alegría en mí murió. Elegí el camino de la negación e intenté vivir en el pasado, que jamás se repetirá.

Capítulo tercero: ¿Accidente laboral?

Llevaba un mes en mi nuevo trabajo, podría decir que era un trabajo normal en cierta medida, aunque las cosas extrañas que siempre oía y veía no lo hacían nada normal. Sentía que la humedad hería mis pulmones y, el frío que allí había, hacía crujir mis dedos cada vez que intentaba levantar algo, incluso en mi casa, con el calor del ardiente verano de este lado del mundo.

No recuerdo qué día sucedió, ni de qué mes, ni año, porque eso ya no es importante. Ya nada es importante para mí... Al siguiente día de recibir un sobre con mi sueldo, quería agradecerle al hombre extraño por el trabajo. Fui a la especie de oficina que tenía mi empleador en el segundo piso y cuando di un paso fuerte frente a su puerta, la madera podrida la abrió como si le hubieran dado un empujón. Tengo recuerdos difusos acerca del hombre sin piel, con el torso abierto, al que la anciana, que a veces solía ver deambular por la casa, rellenaba con arcilla. Me miró sorprendida y

levantó su mano apuntándome con una señal de calma, y lo había logrado, hasta que aquel hombre falso levantó la vista a verme e hizo el mismo gesto con su brazo, dejando ver que era solo un par de huesos con trozos de arcilla en él.

No necesito obviar que huí como un loco de ahí, y, que si no fuera por mi pensamiento, antónimo de la lógica, me habría detenido a pensar que acababa de pasar. Pero no fue así, y corrí y corrí un tiempo indeterminado por la laberíntica mansión. Terminé perdiéndome al no conocerla aún muy bien y llegué a la extraña habitación circular. Corriendo, cayendo por el podrido piso al que la humedad había corrompido quizás por siglos y, viendo frente a mí el rostro más horroroso que ningún humano ni criatura viva de este mundo tendría, “bajé del suelo”.

fuerte. -dije sin respeto hacia mi propia persona.

- Pero aquí estás, escuchando mi historia sin huir del miedo al que afrontas.

- Quizás soy muy estúpido para darme cuenta de la situación...

Eso dijo mi voz, pero en verdad no sabía que estaba pasando conmigo, algo murió dentro de mí en ese frío horrible, o quizás ya me sentía libre a la muerte al volver a ver a mi hermana una vez más, el único deseo que tenía antes de entrar por la puerta podrida de la mansión.

Quizás ya no tenía culpas.

Quizás ya no tenía nada por qué vivir y el frío me convirtió en un fraude sin futuro, sin lamentos, sin familia, sin nada...

Sabía quizás, que el fin ya había llegado.

Quizás solo mi antiguo yo murió al darse cuenta que al fin había conocido a alguien igualmente destrozado, que no me humillaba ni miraba en menos para compensar su patetismo.

O quizás solo me sentí aliviado al conocer por vez primera a alguien como yo, humillado hasta arrodillarse, sin fuerza en la espalda y el cráneo entre las rodillas por algo que odiaba. Alguien débil que seguía luchando sin rendirse y

Siguió hablando de otras cosas mientras yo preguntaba otras estúpidas como cómo era el mundo hace tanto tiempo. No cuestioné nada y por alguna razón, no sentí que fuera tanta información.

Cuando pude ponerme de pie, me llevó a una habitación en donde extrajo hielo de un armario de metal, dijo que era capaz de generar hielo sin tener que ir a la cumbre en las montañas. Quedé sorprendido por sus aparatos pero recordé el por qué estaba en esa situación. Le pregunté y me dijo:

- Creé un esclavo para ayudarme a mantener vivo a mi amor, pero no es suficiente y su inteligencia no es mejor que la de una rata, por eso decidí buscar a alguien discreto que me ayudara. No pasó mucha gente por aquí, pero cuando te vi, decidí contratarte inmediatamente en vez de a tu amigo, porque cuando te observé a través de las ventanas, resolví que tu serías lo suficientemente fuerte para afrontar la verdad, ya que tu amigo no pudo soportar ni la fuerza de esta casa y tú ni siquiera te has sentido desanimado desde que trabajas aquí.

- Mi señora yo soy cualquier cosa menos

Capítulo cuarto: Frío líquido

Caí de espalda al primer piso y, con un gran dolor, logré sentarme aún con los ojos cerrados, para abrirlos y tener el rostro de una monstruosa criatura a menos de diez centímetros del mío. Me paralicé. Las emociones, a las que no estoy acostumbrado, me superaron.

De primera vista solo pude ver el rostro que tenía frente a mi, era horrible, ni la peor pesadilla que había tenido podría parecerse. Era un rostro dos veces más grande que el mío, de rasgos literalmente afilados, de huesos puntiagudos y una piel tan delgada que parecía que venas detestablemente gruesas, estaban superpuestas a la musculatura blanca de la aberración. Las cuencas de sus ojos eran casi tres veces las mías, y los ojos, que podía ver a través de sus tan delgados párpados, estaban paralizados mirando hacía arriba.

Después de unos segundos, logré reaccionar, y me dije a mí mismo que era un cadáver disecado, sin moverme un centímetro aún... Pero,

¿Disecado en aquella humedad? Me paré con torpeza y volví a mirar a lo que creí era un cadáver, sin siquiera recordar el por qué estaba yo en esa situación. Mi mente no funciona así, solo puedo hacer una cosa a la vez y no muy bien. No soy un hombre brillante ni distinguido y siento temor de muchas cosas, pero si no fuera por la idiotez compulsiva que según mis padres me caracteriza, hoy no podría estar escribiendo esta historia.

Intenté observar mejor al cadáver, que estaba en cuclillas con las manos en las rodillas y la cabeza entre ellas. Aún en esa posición miraba al frente, y pude darme cuenta que su cuello y cabeza, al igual que sus manos y pies, eran grotescamente desproporcionadas a su ya esquelético y horrendo cuerpo.

Estaba aún perplejo a lo que veía, cuando escuché la voz de la niña gritarme desde arriba “¡Perseguiré tu calor!, ¡Corre!”.

Sin mover ningún cobarde músculo del inerte cuerpo supuestamente mío, vi, a través de los delgados párpados de la aberración frente a mí, sus ojos moverse en todas direcciones. Mi cuerpo me pedía correr, ¡Lo gritaba! Pero mi mente no reaccionaba a nada, estaba viviendo una pe-

pia o son solo coincidencias de nuestros experimentos en él, como sea, no estamos seguros de poder eliminarlo o siquiera de contenerlo por siempre.

>> ¿Qué por qué el anciano está senil? Bueno, fue un error nuestro, el cuerpo de los ancianos es más frío y eso nos permite acercarnos más a él. La última vez que lo vimos despierto nos atacó, y al huir, usamos nuestro poder lo que más pudimos, y en el miedo al monstruo, mi amor se hizo demasiado viejo y su cuerpo físico falló. Ahora no tiene voluntad, sin embargo, todavía creo que su espíritu reside en él. Aún no encuentro una forma de salvarlo. Para evitar que me pase lo mismo convierto mi cuerpo en el de una niña, que aunque es más cálido, es más fácil de enfriar. Lamento si mi vista te lastima joven, veo tu mirada herida, intentaré no volver a hacerlo.

Mientras la anciana me explicaba su tragedia yo no podía hacer más que asentir y decir torpes monosílabos. Solo una pregunta no pude hacerle y decidí guardármela ¿Quién es ella? Y ¿Por qué me siento atraído a su persona? Desde que la vi por primera vez, siento que nuestra sangre fluye por el mismo camino.

>> “Eso” persigue el calor, así sabe si lo que sigue es humano o no y cuales son sus emociones. Por lo mismo, en el frío lo enterramos, pero cuando era demasiado, despertaba y nos lastimaba de maneras innombrables. Encontramos el nivel de frío y humedad que parecía paralizarlo pues en todo este tiempo ha despertado solo seis veces durante experimentos, y lo que aprendimos, fue desesperanzador. No le gusta que lo muevan. Tampoco le gustan los espacios cerrados, así que hicimos de la casa un laberinto, para que cuando despertara se cansara buscándonos y creo que lo logramos, pero como te dije, quizás solo está burlándose de nosotros. Tampoco podemos huir, la única vez que lo intentamos se perdieron cosas de nuestro propio equipaje a medida que nos distanciábamos, solo para volver con miedo a la casa y encontrarlo de cuclillas rodeado de las cosas perdidas y cadáveres de gente que vivía a nuestro alrededor. La culpa nos impide huir.

>> Es lento, pero nosotros ni siquiera podemos correr.

>> Últimamente se ha despertado sin razón alguna, pero todavía avanza con movimientos torpes. No sabemos si se mueve por voluntad pro-

sadilla. Sin embargo, mi cobardía reaccionó cuando vio los ojos del monstruo detenerse, fruncir el ceño mientras exhalaba abundante vapor y levantaba las caderas para pararse. Volví a huir. Huir de mis problemas, correr de mis miedos. Lamentar cada segundo que me llevó a esta situación, a la que mi corazón temía, a la que mi cerebro me ordenase evitar. Volví a huir de todo.

Corrí, caí y me perdí en el laberinto del primer piso que bajaba y subía con rampas ligeras y escaleras bajas. Se sintió mucho más que un piso. En una sala, en la que caí de rodillas ya agotado y sin aliento, la niña me llamó, parecía más pequeña. Estaba desnuda, con su cabello pegado al cuerpo, en una tina llena de hielo haciéndome señas hacia otra tina. De nuevo, mi cerebro, tan simple como siempre, cambió el interruptor, y, al ver a mi hermana en ella, no pude evitar intentar sacarla de ahí. Pero un grito me detuvo, y dentro de la gran tina comenzó a arrojarse agua helada y hielo sobre ella.

Cuando comenzó a bañarse con el agua y hielo, el primer pensamiento que tuve fue sacarla de ahí y abrazarla con mi abrigo para darle calor y protegerla, pero, al levantarme del piso, apresu-

rado, vi como aquel ser entró desde una de las puertas, agachado, haciendo un gesto extraño como el de oler, pero con su afilada cabeza y sus gigantescas manos. Me paralicé nuevamente al ver aquella aberración, y un grito fuerte dio la orden a mi cuerpo. Se escuchó con un eco sordo: “¡Báñate!”.

Me desnudé a medias y me sumergí rápidamente, sin pensar en nada, en la tina. Salí al instante y me paré en ella gritando al sentir las quemaduras del frío y los cortes del hielo en mi piel, pero vi a aquella aberración a poco más de un metro mío y me sumergí nuevamente, sumiso y temeroso, mientras los espasmos que sentía en mis vértebras intentaban dejarme inconsciente. Y con los ojos cerrados y todo el cuerpo sumergido, ahogué mi cuerpo en el oscuro frío.

Dejé de temblar y pensé que moría. El ser caminaba lentamente buscando algo con el mismo gesto extraño, pero no halló lo mismo que lo hizo despertar y se volvió hacia la misma puerta por la que entró luego de un escalofrío al que no encontré explicación. Me pensé libre de esa mirada foránea y del vacío infinito que se veía desde sus pupilas huecas.

llamos a nuestro error y comprendimos que no teníamos salvación. El demonio solo se puso en cucullas y se quedó inmóvil expeliendo un calor tan fuerte que algunas cosas que nos rodearon comenzaron a encenderse en llamas.

>> Luego de apagar todo, el demonio seguía quieto, con las córneas apuntando a sus cuencas.

>> Fue en esta misma casa hace más de doscientos años... Oh, la ironía de la inmortalidad, puedo vivir por siempre pero no recordarlo, ya no recuerdo cuantos años tengo, ni siquiera sé si fueron más de doscientos años ¿Quizás sean más? La memoria humana es limitada y ni siquiera es capaz de recordar toda su vida en lo normal. Ahora imagina a alguien capaz de vivir por siempre, alguien que vive permanentemente sin saber por qué ni cómo lo logró, esos somos nosotros. Pero en ese entonces aún éramos brillantes, humillados por nuestra estupidez, pero aún así, brillantes.

>> Experimentamos con la forma física de nuestro futuro dueño pero solo logramos retrasar nuestra agonía. Creímos lograr que despertara y se volviera a dormir, pero ahora me pregunto si no fue solo la voluntad de molestarnos.

que siempre asemejé al de un buitre. Inhaló por la asquerosa boca que tiene y dijo:

“Sus cuerpos no son inmortales.

Sus almas son mías.

Yo lo decidí así”.

>> Respondimos su insolencia con nuestro poder y sapiencia, pero solo éramos peces intentando devorar un tiburón. Fuimos derrotados y sometidos totalmente y sin ninguna piedad. Después de humillarnos, de los gritos y el llanto, el demonio dijo:

“Deseo sus almas caducas.

Deseo sus almas sometidas por la cotidianidad vacía.

Beberé lo mío cuando el último calor de felicidad se prenda.

Beberé lo mío cuando el último furor de amor se encienda.

Beberé lo mío cuando el mar de la resignación comience a gotear.

Beberé lo mío en la última y cálida esperanza.

Beberé lo mío cuando sus corazones se enfríen en la rendición”.

>> Completamente humillados, nos arrodi-

Recuerdo haber visto a la niña con los labios morados y ojeras rojas en su rostro, mientras todo lo demás eran nieblas frías.

Capítulo quinto: El tiempo no tiene sentido

La anciana me despertó.

“Por suerte eres obediente”, me dijo, mientras aún estaba desorientado. Me miró con una sonrisa maternal y no pude hacer más que llorar.

Estaba en una cama cómoda, pero vieja y fría. Miré a la anciana y sonrió nuevamente, me dijo:

- Tu mirada lo dice todo... Como ya lo viste supongo que no hay nada que ocultarte.

- ¡La niña! -interrumpí- ¿Cómo está?

- La estás viendo querido. No me pongas esa cara que en mis años mozos era una ternura. Yo soy la niña.

- ... ¿Qué? ¿Qué pasó? -pregunté, sintiéndome mejor y más confundido.

- Que yo soy la niña. Es mi maldición y la del anciano estúpido que cuidas. Es nuestro pecado.

>> Te contaré todo aunque no quieras, pues mi virtud es saber en quien confiar. Luego

haremos las decisiones.

>> Hace doscientos y tantos años... Oh, quisiera recordar. La inteligencia y la sabiduría corrompen el corazón con soberbia. Incluso cuando ya se es un anciano, incluso cuando los demás hombres se convierten en míseras ratas mordiendo tus tobillos en este mundo de conocimiento... Que grande se siente un pez en una pecera, pero que triste realidad conoce cuando lo arrojas al océano.

>> Hace doscientos y tantos años, con mi marido jugamos con fuegos prohibidos buscando la inmortalidad, y la encontramos supongo, pero a un precio triste y culposo. Podemos controlar la edad de nuestros cuerpos. Nuestra edad biológica es nuestra voluntad, pero cuando lo logramos, la cosa que viste en el primer piso apareció ante nosotros.

>> Justo cuando logramos controlar nuestro poder, giramos de alegría con mi amor, tomados de la mano y mirando hacia el infinito sabiendo de lo que ahora éramos capaces. Pero cuando iba a mirar a mi amor, entre nosotros y nuestros brazos unidos, estaba de pie el demonio que conociste, con su detestable mirada ciega y su cuello